

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón  
Milán, 24 enero 2018**

*Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, pp. 239-247.*

- *Si jamais j'oublie*
- *La strada*

*Gloria*

*Veni Sancte Spiritus*

¿Qué le habrá pasado a la protagonista de esta canción, *Si jamais j'oublie*, para no querer olvidar lo que le ha sucedido? «Si alguna vez me olvidara [...] / recuérdame quién soy y por qué vivo. / [...] Si acaso me olvidara mientras corro / [...] si un día huyera, / recuérdame quién soy [...]. Recuérdame quién soy». ¡Qué drama haber descubierto quién es y necesitar de alguien que se lo recuerde en el vaivén de las circunstancias! Solo alguien que vive así toda la experiencia elemental puede percibir el alcance de lo que estamos trabajando en la Escuela de comunidad: tener un lugar en el que se nos comunica la verdad de nosotros mismos, en donde se despierta constantemente la verdad de nosotros mismos para que no prevalezca el olvido. Sin esto acabaríamos en la nada. ¡Esta es la belleza del camino que hacemos! Como dice la Escuela de comunidad, solamente si participamos en un lugar se nos introduce en la verdad de nosotros mismos, pero no en la verdad en abstracto, sino en esa «vibración inefable y total» que me hace ser yo, que me permite vivir la experiencia elemental de quién soy yo, hasta el punto de desear no perderlo ya. Esta es la verdad que transmite la Iglesia: «Viviendo dentro de la comunidad eclesial [...] es como penetran dichas verdades, casi por ósmosis continua, día tras día [...] a través de la membrana de nuestra conciencia» (p. 240). Pero si perdemos ese instante inicial, esa vibración inicial que nos ha permitido darnos cuenta de lo que es un yo, las cosas que leemos son para nosotros el peaje que pagar por pertenecer y nos ahogan, en vez de percibir las como la gracia más grande (como grita la protagonista de la canción). Pero esto no resulta en absoluto obvio. Escribe un amigo desde la otra parte del mundo (obviamente no puede estar aquí para intervenir): «Con respecto a las páginas de *Por qué la Iglesia* que teníamos que leer, me cuesta mucho comprender el nexo entre las cosas que leo y lo que hago a lo largo del día. Es interesantísimo saber qué es un dogma, qué es una acción *ex cathedra* del Papa y la figura de la autoridad en una comunidad cristiana con sus diferentes significados, pero ¿cómo ligo estas cosas, por ejemplo, con mi trabajo de ahora? Es como si me costase ver la utilidad de saber estas cosas. Como no quiero reducir nada en absoluto, quiero pedirte simplemente que me eches una mano». Dejemos abierta esta pregunta que quizá tenemos muchos: ¿qué tiene que ver todo esto con la vida, qué utilidad tiene para la vida? No es una pregunta tan lejana para nosotros; veamos si a lo largo de la Escuela de comunidad de esta noche nos resulta más clara su utilidad para la vida. De este modo podremos comprender el contenido de cuanto nos

decimos. Para ayudarnos a entender cómo se comunica esta verdad, Giussani utiliza una imagen: la ósmosis. Al ser una imagen, tiene el valor que tiene, y no se puede exagerar con todos los detalles, porque si es así al final la imagen prevalece sobre el significado. Es una imagen a través de la cual se dice cómo incluso solo estando en un lugar, casi sin grandes esfuerzos, sencillamente, se puede participar de lo que está sucediendo ahí. Pero, como veis, la imagen suscita enseguida reacciones. Hay quien comenta: «Yo tengo miedo de esta ósmosis: la tentación es que uno pueda pensar que esto sucede sin él, entonces yo me veo...». Me acuerdo de la intervención de un alumno de bachillerato al final de una clase que había dado sobre los milagros que los discípulos veían cotidianamente conviviendo con Jesús: «¡Yo estaría atento, no fuera ser que me encariñara demasiado!». Otros en cambio piensan que la ósmosis es demasiado poco: «Me parece una imagen un poco pasiva, en contraste con el trabajo que siempre nos indicas: esa comparación continua y la verificación de la experiencia». Veamos si las intervenciones nos ayudan a entender.

*Me gustaría que me ayudaras en el punto al que acabas de referirte. Leo el pasaje de la Escuela de comunidad que me ha cuestionado especialmente: «Viviendo dentro de la comunidad eclesial, por medio de la inmanencia en ella, es como penetran dichas verdades, casi por ósmosis continua, día tras día, de una manera que no podemos calcular, a través de la membrana de nuestra conciencia. Y así se llega a alcanzar esa certeza y claridad acerca de la verdad que el hombre necesita para afrontar la vida» (pp. 239-240). Cuando leí estas líneas me costó seguir adelante, porque me sentí muy cuestionada. Vivo en la comunidad desde hace muchos años, pero a pesar de esto todavía hoy me veo viviendo el día a día siempre llena de preocupaciones reales y de pensamientos. Vivo cada jornada poniendo todo dentro: energía, decisión, pongo toda mi persona, y sin embargo muchas veces llego a casa por la noche y miro lo que he vivido, me miro y, a veces, en lugar de sentirme reforzada, veo que es más débil la conciencia que tengo de mí misma. Esto es algo que me cuestiona, en el sentido de que me parece lo opuesto a esa certeza y claridad de verdad de la que habla don Giussani, que por otro lado es tremendamente deseable porque me parece que describe una...*

¿Entendéis por qué la protagonista del canto pide que alguien le recuerde las cosas? Si nosotros, que tenemos la suerte de esta compañía, nos vemos así al final del día, imaginad qué drama para una persona que se da cuenta de que está sola como un perro en la realidad.

*Por eso me he preguntado dónde está el engaño, porque no me basta vivir la comunidad si yo no estoy presente, no me basta vivir la comunidad de forma mecánica, no me basta estar ahí como si estuviese al baño maría. Me impresiona mucho cuando nos adviertes de que el riesgo real en el que podemos caer es que nuestra fe tenga fecha de caducidad. Y cada vez que lo dices me echo a temblar porque nos lo dices a nosotros, que vivimos dentro de la comunidad, quizá también a otros, pero en cualquier caso nos lo dices a nosotros.*

¡Me lo digo a mí mismo!

*Entiendo que no es una forma de hablar, sino un riesgo real porque veo sus huellas, veo ya los signos en mi vida cotidiana. Ese debilitamiento del que te hablaba antes es*

*para mí un signo de ello. Además, he experimentado también periodos en los que estar dentro de la comunidad podía incluso llevarme a sentir el corazón atrofiado, en el sentido de que incluso la comunidad puede quedársete pequeña. Entonces, es evidente que la clave soy yo. Don Giussani dice que la verdad puede penetrar en mí si pasa a través de la membrana de nuestra conciencia.*

*¡Perfecto! ¿Lo veis? Cuando la vida apremia empezamos a darnos cuenta de que en ella hay elementos que nos ofrecen alguna sugerencia para responder a la pregunta que tenemos. Repitémoslo: «La membrana de nuestra conciencia». ¡De todo menos mecánico!*

*Exacto. Sin embargo, es justamente ahí donde me ha surgido la pregunta: ¿qué puede despertar al yo, qué puede hacer vibrar la membrana de la conciencia, es decir, permitirle dejarse atravesar, hacer que esa dinámica de la que habla don Gius tenga lugar de modo que uno pueda llegar a esa certeza, pueda construir su persona? Necesito que me ayudes en este punto.*

*¿Qué decís?*

*Después de un primer impacto no fácil con el párrafo sobre el magisterio ordinario, me he dado cuenta de lo correspondiente que es con la vida, con la vida ordinaria, como dice el texto. Y en este sentido ha sido una gran ayuda la Jornada de apertura de curso y tu insistencia en la pobreza.*

*Tú que eres ingeniera explícanos la imagen de la ósmosis.*

*En los últimos tiempos he experimentado muchas veces una novedad en mi mirada y en mi posición frente a circunstancias y personas absolutamente impensable para mí; es evidente que esa novedad nace y crece por la permanencia en nuestra compañía, es decir, en la Iglesia, pero la descripción científicamente perfecta de la ósmosis me ha ayudado a entender de qué modo puede crecer tal novedad. De hecho, cualquier ósmosis se produce en presencia de una diferencia de potencial, de presión, de concentración; sin esta diferencia no se produce la ósmosis, todo se mantiene en equilibrio y nada se mueve. En este sentido, me he dado cuenta de que solo si soy pobre, es decir, si se da una diferencia, si permito que exista esta diferencia, entonces se produce la ósmosis y una vida nueva puede entrar, la novedad que veo en el rostro de muchos amigos llega a ser mía también. Esta pobreza, este estar desarmada frente a la compañía y a toda la realidad es en realidad la única posibilidad de que suceda algo. Y he visto con claridad que, justamente porque se realiza esta ósmosis, la pobreza es la verdadera posibilidad de ser yo misma y en un cierto sentido protagonista. De hecho, esta ósmosis no se realiza de forma automática y, en el fondo, un poco alienante, ¡no me gustaría! Lo entiendo porque muchas veces la permanencia en la compañía y la fidelidad a los gestos que se proponen parece que no produce novedad alguna; frente al fracaso y a la desilusión, el juicio final es que, entonces, todo eso no sirve para nada (¡lo he dicho un montón de veces!), pero este es el juicio que emerge cuando ya sé las cosas, cuando no admito la diferencia. Por el contrario, aceptando esa diferencia dramática desde el carácter misterioso de nuestra compañía y de toda la realidad, veo que empieza a entrar una novedad que se explicita al menos en un conocimiento nuevo de mí misma y de la realidad, acompañado de una libertad impensable incluso frente a*

*mi error y el de los demás. Y por eso verme desarmada e impotente en muchas circunstancias ya no me da mucho miedo; esa diferencia llega a ser incluso deseable, y me doy cuenta de que no estoy sola, porque esa pobreza de espíritu es el signo de Su venida, el signo de que el acontecimiento está sucediendo ahora, como decías en la Jornada de apertura de curso.*

¿Y cuál es esta diferencia de potencial? Explícanos mejor esto.

*Es la diferencia que percibo con respecto a la realidad. Al final en muchas circunstancias siento que soy inadecuada, deseo mucho, más de lo que al final puede ser inmediato en la relación con la realidad: frente a los estudiantes, en las relaciones con las personas más queridas. Por eso me he dado cuenta de que, al admitir que existe esta diferencia –que existe simplemente–, mi posición es distinta, y sobre todo en la relación con la compañía percibes al otro como distinto; no hay nada que hacer, es distinto. Y al admitir que existe esta diferencia yo puedo ponerme en juego y Él entra. De hecho, lo más bonito es que verdaderamente no me siento sola.*

¿Por qué no te sientas sola?

*Porque este deseo, esta diferencia, esta dramaticidad no las creo yo. Me he dado cuenta de esto, es más, a veces lo deseo y no consigo tenerlo, tengo que mendigarlo.*

La diferencia de potencial se da entre lo que es la Iglesia y lo que soy yo. Gracias a esto podemos entender qué es la Iglesia y qué porta la Iglesia, y cuál es la diferencia de potencial entre la Iglesia y mi necesidad. Porque no es todo igual, la Iglesia y yo no somos lo mismo. La Iglesia provoca constantemente en mí el despertar de mi yo y genera en mí la pobreza. En estos tiempos, ¿cuántas veces hemos citado al Innominado? La diferencia de potencial es la que hace que el Innominado, con todos los errores que ha cometido, haya encontrado algo tan distinto que le hace exclamar: «Ahora me conozco, comprendo quién soy» (A. Manzoni, *Los novios*, Cátedra, Madrid 1985, p. 455). Y esta diferencia de potencial hace brotar en él una pobreza tal que desde ese día estará ahí insistentemente como un mendigo, esperando delante de la puerta del cardenal. Es la posibilidad de entender qué es la Iglesia y qué diferencia lleva al mundo. Cristo es tan distinto que genera incluso la pobreza necesaria para dejarlo entrar.

*La pobreza no es un esfuerzo mío. De hecho esto...*

Exacto. Y cada uno debe descubrirlo dentro de sí, dentro de su propia experiencia, porque en caso contrario son palabras de las que ni siquiera nos damos cuenta y a las que nos podemos resistir. ¿Por qué? Me acuerdo muchas veces de lo que nos recordaba el papa Benedicto XVI en la *Spe Salvi*: que «un progreso acumulativo solo es posible en lo material. [...] En cambio, en el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral, no existe una posibilidad similar de incremento, por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y tiene que tomar siempre de nuevo sus decisiones. No están nunca ya tomadas para nosotros por otros» (n. 24). No es algo mecánico, no puede ser mecánico. Por eso Giussani usa con una precisión evidente la palabra «conciencia». Cuando el Señor me elige para dejarse ver, me saca de mi distracción y me hace pobre de nuevo, si yo no tomo conciencia de mí mismo y no lo acojo una y otra vez, Él no pasa, no pasa dentro de mí. Podemos encontrarnos delante de millones de milagros, como lo estuvieron los fariseos, y no dejarlo entrar. No es que la diferencia de potencial no estuviese delante de ellos, pero la membrana de la conciencia no Lo dejaba

pasar. Hay que entender que la imagen no es mecánica, que siempre tiene que existir esa grieta a través de la cual pasa la diferencia. ¡Este es el drama de nuestra libertad, gracias a Dios! Por eso quiero tranquilizar a quien tiene miedo de la ósmosis: no hay ningún problema, no te preocupes porque no entrará nada en ti si tú no quieres. No es que el Misterio se aproveche de tu distracción para entrar en casa. Pasa solo a través de tu conciencia. Esto me parece fundamental, pues en caso contrario hacemos que todo sea mecánico, pensamos que es suficiente con estar aquí calentando la silla. Este es el formalismo del que nos hemos hablado en estos últimos tiempos. En cambio, es nuestra disponibilidad –tú usabas la palabra «pobreza»– lo que puede dejar entrar esta novedad. Este es el drama que vivimos.

*Al leer la parte de la Escuela de comunidad relativa al magisterio extraordinario, me impresionaba cuando dice don Gius: «Por ello cuando se proclama un dogma en la Iglesia, jamás es fruto de una convicción repentina o de una reacción desconsiderada. Más bien es algo similar a lo que nos ocurre a cualquiera de nosotros cuando durante largo tiempo se ha comportado de acuerdo con determinadas impresiones, persuasiones o intuiciones y, en un momento dado, con ocasión de un encuentro o un acontecimiento particularmente significativo, cobra conciencia clara de ellas y las expresa. Porque la vida de Cristo en la historia de la Iglesia es una vida que crece. Toda la riqueza de la verdad está en Cristo: la vida de la Iglesia toma cada vez más conciencia de lo que Cristo le ha dado y, por consiguiente, de lo que tiene dentro de sí. La formulación dogmática coincide con un salto cualitativo en la conciencia de la Iglesia y, por lo tanto, de las personas dentro de ella» (pp. 244-245). Me he dado cuenta de que para mí es exactamente lo mismo, que me sucede la misma e idéntica dinámica que describe aquí: también yo necesito continuamente tomar conciencia de lo que ya me sucede. Hace poco tiempo fui a una misa dominical en la que se estaba celebrando el bautizo de un niño que no conocía. Durante la celebración me invadió una conmoción repentina, me vino a la cabeza un pensamiento especial: «Pero ¿estoy de verdad aquí, yo, justamente yo? Esta mañana me he levantado, me he vestido ¿y he venido lo primero de todo a encontrarme contigo en tu casa? Pero ¿quién eres Tú para mí, hasta el punto de que he decidido libremente venir aquí? ¿Es quizá que yo te amo más de lo que creo?». No sé explicarlo bien, pero en ese momento tomé conciencia de repente de que mi historia particular está tejida de la relación con Él y de que muchas veces, inmersa en mis imágenes, en el pensamiento que tengo de mí misma, ni siquiera me doy cuenta. La misma intuición me ha sorprendido ante la inmensa conmoción que ha nacido en mí por ese niño desconocido: «¿Me estoy conmoviendo de verdad porque este niño se vuelve tuyo? Pero ¿quién eres Tú para mí, hasta el punto de conmoverme al pensar que incluso ese pequeño pueda empezar a gozar de la relación contigo? Tú me has aferrado realmente. Yo te conozco, este mismo hecho me desvela que mi vida está plagada de huellas tuyas, pues de no ser así no habría sido posible que yo estuviera aquí hoy y que me conmoviera de tal forma por ese niño». Una pregunta nueva se ha abierto camino en mí: «Pero ¿puedo yo decir de verdad que Tú bastas a mi corazón?». En ese momento pensé en mi vida, en los rostros que acompañan mi vida y que marcan mi historia particular, personas aferradas como yo, y de golpe pensé: «En*

*realidad yo soy feliz, estoy agradecida de lo que hay en mi vida». Esta toma de conciencia ha desafiado en un instante todas las imágenes que tengo del cumplimiento de mi vida (a mi edad, todavía no estoy casada, no soy una mujer de carrera, etc.), porque al pensar en esos rostros me he dado cuenta de que el agradecimiento que domina mi vida por Su compañía basta para hacerme feliz. Permanecen todavía todas las preguntas sobre mí, pero me ha impresionado muchísimo darme cuenta, pensando en mi experiencia, que ya estoy agradecida y feliz por todo lo que hay en mi vida; ha sido una sorpresa para mí, una sorpresa mía ante mí misma, también porque muchas otras veces, en cambio, cuando solo tengo ante mí mis pensamientos y mis imágenes, domina en mí la queja. Este hecho pequeñísimo me ha deslumbrado, porque me ha hecho desear conocer cada vez más, tomar conciencia cada vez más de lo que ya sucede en mi vida, someter cada vez más la razón a la experiencia. «Yo te conozco ya, están todas tus huellas en mi vida, pero necesito aprender a mirar que Tú ya me bastas, como sucede ahora que estoy alegre y me siento plena». Apostaría todo de verdad por este contento, porque yo continuamente me ahogo, pero ya está todo, la clave es conocer esa intuición que he tenido en un instante, conocer ese contento que ya existe en mi vida. Puedo decir que lo que basta a mi corazón existe porque me ha sucedido. Yo ya lo tengo todo. Ya lo tenemos todo. Se trata solo de conocerlo y de tomar cada vez más conciencia de ello. Y esto es impresionante. Yo soy la primera en dar por descontado todo esto que ya me ha cautivado, porque mi vida está tan tejida de esa relación que es algo casi inmediato; pero no lo sería si no fuese tan real.*

Participando cada vez más conscientemente en la vida de la Iglesia, un hecho como un bautizo puede despertar esta conciencia de nosotros mismos. ¿A cuántos de nosotros nos ha sucedido participar en un bautizo sin que sucediese nada? En cambio, cuando uno secunda ese impacto, empieza a darse cuenta de que el hecho de estar deslumbrado, estar verdaderamente tocado con fuerza es el modo con el que Cristo se hace presente, es el modo a través del cual yo Lo conozco, a través del cual pasa por mí lo divino, me alcanza lo divino. Yo Te conozco. Y al mismo tiempo, como nos decimos siempre, ¡no he terminado de conocerlo! Su revelación hace que esté cada vez más presente como Misterio, por eso cada vez tengo más ganas de aprender a mirar lo que me ha sucedido, de mirarte a Ti. De este modo la Iglesia nos hace conocernos a nosotros mismos y nos hace conocerlo a Él, porque hace posible una experiencia humana que no se puede comparar con ninguna otra. ¡Qué gracia tan grande poder decir: «Lo que basta a mi corazón existe porque me ha sucedido», no porque yo sea capaz o porque esté a la altura, sino «porque me ha sucedido», mientras que muchos todavía buscan, a tientas, algo que haga que la vida sea vida. Esto es lo que se comunica –también al amigo que me ha escrito desde la otra esquina del mundo– a través de esta realidad humana que es la Iglesia. Y esto hace que se vuelva apasionante incluso el instante.

*Me ha impresionado mucho durante la Escuela de comunidad de esta semana, en especial, el pasaje que habla sobre vivir el instante. El valor de una vida absolutamente carente de excepcionalidad está en vivir el instante como aspecto y en función del amor al todo. Para mí, vivir el instante se ha convertido últimamente en un punto crucial de la vida, justamente porque en los últimos años ha sido una de las cosas o, más bien, la*

*cosa que más me ha costado. Pienso en mi trabajo: hace algunos años empecé a trabajar y casi siempre prevalecía en mí la insatisfacción, porque no estaba contenta con lo que hacía; cada año empezaba diciéndome que al año siguiente tendría por fin el reconocimiento que esperaba. Han pasado los años y este reconocimiento nunca ha llegado; en cambio mi frustración y mi rabia han aumentado, porque cada año vivía ya en función del año siguiente, ni siquiera contemplaba el instante presente. En estos años, en los que fiarme me parecía lo más difícil del mundo, he pedido mucho poder vivir ese instante y poder afrontar el presente. Muchas veces entre lágrimas, enfadada y desconfiada ante muchas cosas, he permanecido con mucho trabajo apegada a la compañía y a los amigos que más me ayudaban a estar frente a mis dificultades. En muchas conversaciones con mis amigos me parecía que siempre estaba en el mismo punto, quieta, que mi conciencia seguía siendo la misma, y esto me dolía mucho. El otro día, por casualidad, hablaba con una compañera mía que me preguntaba qué plan tenía para el año siguiente, si tenía alguna idea, y me asombré de que no tenía ningún programa, por primera vez me interesaba verdaderamente vivir el instante. Me pregunté cómo era posible lo que me parecía una magia, pero me di cuenta de que no es una magia improvisada, sino todo ese trabajo que casi inconscientemente he hecho: durante años he pedido aprender a fiarme de verdad como María, a estar disponible de verdad, no hasta un cierto punto, como siempre he hecho. Todo esto ha pasado a través de mil preguntas y conversaciones, y ha sido fundamental comprender que la clave no es censurar la pregunta, el deseo de bien y de sentirme realizada en el trabajo (porque, en un momento dado, he intentado eliminar todo esto), sino que lo único que merece la pena es mirarlo dentro del sufrimiento y de la rabia caminando hacia un destino que en el fondo no es mío. Poder vivir libremente la pregunta sin censurar nada, sin escandalizarme de la dificultad y de no dar aparentemente ningún paso, ha sido el cambio que me ha permitido respirar por fin, mirar mi herida casi con simpatía y poder por fin vivir este instante.*

¡Hasta ahí llega el cambio que la Iglesia introduce! Porque uno puede saberlo todo, pero no estar en el presente, no vivir nunca el instante, encontrándose siempre a disgusto consigo mismo. Por eso no subestiméis estos signos, porque son signo de Aquel que hace presente el presente, que es lo menos obvio que hay. Siempre me acuerdo de una frase de Graham Greene que dice en una novela suya: «Para mí el presente nunca es ahora» (G. Greene, *El fin de la aventura*, Andrés Bello, Santiago de Chile 1992, p. 55). Lo más dramático que puede haber es no coincidir nunca, ni siquiera un instante, con nosotros mismos. Por eso, que uno puede sorprenderse viviendo el presente así habla de lo que pasa a través de la presencia de la Iglesia en la que estamos inmersos. Durante años podemos pensar que estamos quietos en el mismo sitio, porque las cosas suceden en el tiempo según un designio que no es el nuestro, pero solo quien tiene la conciencia de fiarse se da cuenta de que es eso, no una magia del tipo que sea, lo que hace todo distinto.

Se trata de una conciencia que crece, de una vida que crece y que traspasa un aspecto de la realidad que ahora tenemos que afrontar: la política, las elecciones.

*Henos aquí ante las elecciones.*

¡Llegan puntualmente!

*Como ha sucedido innumerables veces desde que, hace cuarenta años (hoy tengo sesenta y cinco), conocí el movimiento. Pero me doy cuenta de la gracia de tener una posición distinta. Esquematisando de forma un poco brutal e irónica, puede decirse que he pasado, junto a muchos amigos hijos del 68, a través de varias etapas. Al principio seguía, a menudo de mala gana, las indicaciones que decían a qué partido teníamos que votar, y a qué candidatos (con peor gana aún) dentro de ese partido. Después sostuve a los «nuestros» comprometidos en política, porque eran nuestros (qué haces, ¿no sostienes a los nuestros?). El paso siguiente fue sostener a los que defendían «nuestras» obras, porque «las obras representan una presencia paradigmática en la sociedad», «vivan las obras donde sea y como sea». Luego se amplió la gama de posibles elecciones. Creí entender que había que tratar de identificar con qué candidatos podía reconocerse, cuáles afirmaban los principios fundantes de la sociedad italiana y europea. Y heme aquí tratando de desentrañar rostros y programas: este un poco más, aquel otro un poco menos, pero quizá ese otro mejor... Hoy estas posiciones me parecen todas una vuelta atrás, como de retaguardia, porque, en el fondo, yo no estoy. No niego nada del pasado, más aún, se agudiza el agradecimiento por el camino que se me ha permitido hacer siguiendo el movimiento. Hoy, observando las posiciones que el mundo político nos ofrece cotidianamente, me ha surgido espontánea la misma afirmación de nuestro amigo preso, que nos has recordado muchas veces: no pueden comportarse de otro modo porque nunca han sido tratados como he sido tratado yo. Lo que para mí es evidente para ellos está muy lejos, porque no han tenido una experiencia en la que su yo haya florecido. Para entrar un poco en materia, impresionan en particular dos dimensiones que se eluden sistemáticamente. La primera es la lectura de la situación. Me limito solo a tres de los reclamos proféticos hechos por el Papa. Primero: nadie reconoce –y declara por tanto como punto de partida de cualquier acción– que estamos en guerra, la «tercera guerra mundial a trozos». Segundo: el sistema económico no se sostiene porque está planteado sobre la explotación y el descarte, que están devastando los pueblos y el planeta. Tercero: los flujos migratorios son un fenómeno global imparable. La segunda dimensión que se ignora es la identificación del sujeto preparado para afrontar los problemas. También aquí vemos que el Papa no se cansa de pedirnos que no deleguemos en nadie, sino que asumamos cada uno nuestra propia tarea de responsabilidad: un pueblo, en el sentido de la unidad de cada libertad irrepetible. La política, en cambio, sigue proponiendo soluciones que presumen que ella es el único sujeto posible de cambio. Resultado de esta doble ceguera es la esquizofrenia a la que asistimos cotidianamente. Sin embargo hoy –esta es la novedad– veo en mí, más que el escándalo o el sentido de impotencia, el deseo de hablar, de encontrarme con los políticos, pero ya no como antes para tratar de buscar ventajas de parte o esperar sacar improbables convergencias económicas, éticas, culturales... (cuántas veces hemos recitado este deprimente espectáculo). Se trata de posiciones intrínsecamente perdedoras, porque esperan algo «de la» política. Es exactamente lo contrario: son ellos –como todos– los que tienen necesidad de mí, de nosotros. Porque sin una experiencia de novedad para ellos nunca podrán ver, comprender y por tanto actuar de forma distinta. Es un cambio radical de la*



*concepción de la política, que hoy –me doy cuenta– es vivida prioritariamente como una divinidad ante la que el individuo tiene que inclinarse. En cambio, la cuestión política se ha vuelto interesante porque, si estoy yo como protagonista, va al corazón del ser, se convierte en ocasión para reconocer la victoria desarmada de Cristo que cambia todo y a todos. Una presencia libre, ligera, creativa, en la que ya no eres esclavo de nadie, porque estás ligado al Único al que vale la pena servir. Gracias, gracias infinitas por tu paternidad.*

Este es solo un ejemplo del recorrido de quienes, participando en la comunidad cristiana, aceptan todos los desafíos, crecen en la conciencia de sí mismos hasta el punto de hacer evidente –desenmascarando cualquier pretensión ideológica de la política sin tener por ello que retirarse del mundo– la novedad con la que se puede mirar la política, hasta el punto de poder ofrecer su contribución superando la tentación, que se extiende a veces entre nosotros, de desinteresarse de ella, como han afirmado los obispos lombardos en la nota para las secciones que encontraréis en el sitio de CL. El recorrido personal que acaba de describir está ligado al recorrido que hemos hecho todos dentro de la vida del movimiento.

*A mí me parece que este recorrido personal corresponde a un recorrido objetivo del movimiento en estos años. Si lo perdemos, perdemos de vista un trozo de la historia italiana, no solo de la nuestra. Porque nuestro papel objetivo como movimiento viene de que hemos pasado de la defensa de nuestra parte, de nuestras cosas, en un país que es todo barullo, al intento de ponernos al servicio de un bien común, de una convivencia diligente, de una gobernabilidad real. Este es el valor «político» de estos años, que quisiera mostrar en cuatro pasos. El primero: tu carta en la Repubblica del 1 de mayo de 2012 que, admitiendo nuestros límites, puso en juego la positividad de la contribución que podíamos ofrecer. Segundo paso importante: la venida al Meeting de dos presidentes de la República italiana. Napolitano y Mattarella son en estos años expresión de esa base del país preocupada por la caída económica de Italia y por las divisiones que pueden llevar a una decadencia definitiva de nuestro país. En sus discursos en el Meeting, Napolitano habló de la necesidad de no dejar de construir Italia desde abajo buscando el bien común (y cuando volvió a ser elegido volvió a decirlo, haciendo referencia justamente a aquel discurso), y Mattarella recordó que el «nosotros» es la democracia, y pasar del «yo» al «nosotros» permite mirar al futuro. Por tanto, hemos mantenido un diálogo sobre este punto fundamental. Tercer paso: hemos seguido construyendo, en estos años difíciles, cuerpos intermedios ejemplificadores: Banco de alimentos, AVSI, Cometa, Portofranco, y muchos otros, ejemplos de una construcción de bien para todos. Hemos seguido exhortando a quien actúa y trabaja; pensad en el manifiesto de la CdO sobre el instante imprevisible, en la idea de construir trabajando. Hemos seguido subrayando la subsidiariedad, diciendo que Italia se construye poniéndose juntos y educándose para construir partiendo de un ideal vivido, desde abajo, mientras que todos hablan de análisis que se saltan la realidad. Cuarto paso: las muchísimas presentaciones de La belleza desarmada, con una apertura a trescientos sesenta grados en las que tú, Carrón, te has encontrado con las puntas de lanza de esta preocupación laica del país, gente lejanísima de nosotros,*

*pero que ha coincidido en esta idea: que lo más importante para la política es ayudar a la construcción de un sujeto basado en el asombro, en la apertura, en el amor al ideal, en la fe; pensemos en los muchos artículos publicados en periódicos, como el publicado en la Repubblica titulado «El otro es un bien, también en política». Sin esto no existe convivencia. En este momento de elecciones no podemos olvidar este papel político, pre-partidista, que el movimiento ha ejercido. Como dice el manifiesto «La política, dimensión esencial de la convivencia civil», que recoge el discurso del Papa en Cesena. Es justamente este papel «político» lo que el movimiento ha testimoniado en estos años –político según el sentido que el Papa ha dado a esta palabra en ese discurso–, un papel público frente a todos y por el bien de todos a través de la forma de una presencia que se puede encontrar y que en absoluto es espiritualista.*

Esta modalidad que describes también ha surgido en estos años en nuestros universitarios. Han realizado distintas iniciativas que brotaban de la experiencia que viven.

Por eso, antes de Navidad pedí a algunos universitarios que me contaran la experiencia que habían vivido en sus facultades, y si esta experiencia les estaba ayudando a afrontar las próximas elecciones.

*Para responder a esta pregunta hemos mirado el camino que hemos hecho en estos años. Un estudiante cuenta: «Hace más de un año se presentó en los órganos de gobierno la propuesta por parte de la universidad de modificar de forma bastante importante el calendario académico. Nosotros los estudiantes no estábamos de acuerdo. Me impresionó la diferencia de actitud entre nosotros y algunos representantes de otras listas, gente muy estimable, inteligente y capaz desde el punto de vista técnico. Ellos, enfadados y contrariados, se obstinaron en su «no». Nosotros nos movimos para entender cuáles eran las exigencias reales de la universidad y el rector, al percibir nuestra actitud, nos implicó en el proyecto, pidiéndonos que le señaláramos cuáles eran las exigencias fundamentales de todas las partes. Después de meses de trabajo, ha surgido de ahí una buena reforma que trata de acoger la necesidad de todos. Me ha impresionado que las otras listas han abandonado poco a poco su actitud inicial y se han añadido a este proceso. La diversidad de los sujetos en juego ha sido además fundamental para tener en cuenta todos los aspectos. Un interés genuino por el bien común y no por los propios fines, como reclamaba el Papa en su discurso en Cesena, y una actitud de apertura e identificación, según mi experiencia, es lo que más construye. Entonces no puedo, después de haberlo visto y vivido, no tenerlo en cuenta ahora con vistas a las elecciones». En mi facultad el punto de partida ha sido también una necesidad, es decir, caer en la cuenta de que los estudiantes se ven obligados a estudiar por la tarde las asignaturas de los años anteriores y no aquellas a cuyas clases asisten. Hemos presentado el problema a los compañeros de otras listas y hemos elaborado juntos una solución; hemos estudiado las fuentes normativas y hablando con los profesores hemos expuesto nuestra propuesta de reforma de la oferta académica. Después de dos años este intento no ha dado ningún resultado. El mandato ha terminado y no hemos sido capaces de obtener un cambio. Y sin embargo, no ha sido tiempo perdido: hemos crecido en la relación con compañeros que son miembros de un*

*grupo estudiantil nacido explícitamente para «echar a los “cielinos”» de los órganos académicos, y que ahora son nuestros amigos. Hemos crecido sobre todo en la conciencia de que se puede afrontar cualquier desafío sin estar determinados por el resultado. Nuestra lista se ha convertido en una casa para todos, en un lugar de encuentro. En estas reuniones participan los representantes de las otras listas, pero esto no es un hecho casual. Un estudiante de Economía escribe: «Es el fruto inimaginable de relaciones de amistad nacidas del trabajo en los consejos de facultad, en los claustros de la universidad y durante las últimas elecciones. Un representante de otra lista nos ha pedido que le ayudemos a profundizar en el referéndum que se ha celebrado en Lombardía el pasado mes de octubre. Simplemente necesita comprender. Un chico al que hasta hace algunos meses me costaba incluso saludar por los pasillos me está pidiendo ahora que me implique con él. También yo tengo este deseo, ¡y lo sigo! Nos hemos puesto a seguirlo en este trabajo. Nuestra unidad es una novedad histórica y cultural de la que se está beneficiando toda la universidad. ¿Por qué con las elecciones políticas tiene que ser distinto?». Tomarse en serio las necesidades y las exigencias que se presentan está generando relaciones inesperadas no solo con los compañeros, sino también con las autoridades académicas. Cuenta otro amigo: «Hemos organizado un encuentro para explicar las actualizaciones relativas a la última ley para ser profesor. Nos reunimos semanalmente con profesores y administrativos para comprender cómo hacer algunos exámenes nuevos necesarios para obtener la habilitación. Nunca habría imaginado lo que sucedió en la última recepción en la presidencia. Fuimos solo para avisar al rector de que íbamos a hacer un encuentro; en cuanto se lo contamos, lo único que respondió fue: “Estupenda idea, solo decidme cuándo es para ver si puedo acudir”». Los hechos que he contado muestran que frente a distintas circunstancias se plantea una alternativa de posiciones, como se pregunta otra amiga: «¿Me dedico a lo mío o me pongo en juego? Cuando volvía al colegio mayor desde la universidad, cansada, solo tenía ganas de comer con las personas más conocidas, para poder recuperar un poco el aliento. Sin embargo, cuando entraba el comedor las amigas me animaban a ir a las mesas con gente no habitual. La campaña electoral ha sido una gran ocasión: me ayuda a tener los ojos abiertos, a darme cuenta de lo que hay, de las chicas que están en el comedor por la mañana en el desayuno, cuando nadie tiene ganas de hablar, del compañero que se sienta a mi lado en clase, de todo lo que hay en la universidad». El descubrimiento que muchos de nosotros estamos haciendo es que implicarse en la vida política es sobre todo una ocasión para verificar la fe. Esta verificación genera entusiasmo y nos hace interesarnos por todo, también por las elecciones políticas, como dice un amigo: «He deseado organizar un encuentro con los amigos del movimiento para desafiarlos: contar para qué se vota, cómo está hecha la ley electoral, quién se presenta, cómo han cambiado las fuerzas en juego los últimos años, qué es lo que miro para decidir a quién votar. En estos años de vida del CLU el movimiento me está educando para no perderme nada de lo que sucede y no quedarme quieto mirando desde el balcón». Son tentativas de personas que de un modo u otro se ponen en juego. No decidimos nosotros las provocaciones de la realidad, las elecciones llegan cuando llegan. Y cuando llegan, muchos están confundidos; no existe claridad, y por ello hay quien piensa en la*

abstención: «Por lo menos esta vez, luego ya se verá», sugiere alguno. En cambio, esta situación puede ser justamente una ocasión para madurar. Pensad en lo que hemos visto y estamos viendo en la Escuela de comunidad: el crecimiento de la conciencia de la Iglesia no se produce fuera de la historia, sino a través de las provocaciones de la realidad. Muchas veces un dogma ha sido definido como consecuencia de la urgencia de comprender algo del misterio cristiano frente a un desafío histórico, y solo al ponerse a trabajar, a discutir, a profundizar ha surgido una claridad. Nosotros no podemos actuar de otro modo. Los desafíos históricos que han puesto manos a la obra a la comunidad cristiana nos ponen también a nosotros manos a la obra cada día; de este trabajo ha surgido una mayor conciencia de la Iglesia. Las elecciones son una ocasión para esto.

Para este trabajo tenemos algunos instrumentos a nuestra disposición: ante todo el discurso del Papa en Cesena, que, como se ha dicho, pone de manifiesto cómo se puede mirar la política con el deseo de entender qué es el bien común. Están además la alocución del cardenal Basetti a la CEI y el documento de los obispos lombardos: todos expresan el deseo de que, frente al desinterés general, pueda crecer cada vez más un sujeto consciente que ayude a dar luz, no dejándose transportar por las fantasías de algunas promesas electorales, sino con el realismo de ver qué se puede hacer en este momento histórico, sin que la presencia de los católicos en distintos partidos signifique una fractura en el cuerpo de la Iglesia. Junto al manifiesto de la CdO, son instrumentos utilísimos para que podamos caminar hacia una mayor conciencia.

Para usarlos adecuadamente tal vez sea oportuno recordar algunos puntos –que debemos custodiar– de la Escuela de comunidad. Muchas veces decimos que estamos confusos con respecto a la política. Pero mirad lo que escribe Giussani en el tercer capítulo de *El sentido religioso*: «El meollo de la cuestión cognoscitiva no está en una particular capacidad de inteligencia [nadie puede quedarse fuera diciendo que no es capaz, porque no es una cuestión de capacidad de inteligencia]. Cuanto más vital y básica es la importancia de un valor –destino, afecto, convivencia [por ejemplo, la política]– mejor reparte la naturaleza a todos la inteligencia necesaria para conocerlo y juzgar acerca de él [es a través de la experiencia elemental como cada uno, poniéndose delante de la realidad, puede conocer y juzgar]. El centro del problema, entonces, es tener una postura justa del corazón, una actitud adecuada, un sentimiento en su lugar apropiado, una moralidad» (L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 51). Esto se enlaza, como hemos visto, con el tema de la misión de la Iglesia con respecto al hombre terrenal; Giussani recuerda cuál es la función de la Iglesia en la escena del mundo, que no es otra que la funcionalidad misma de Jesús: la educación en el sentido religioso, es decir, el despertar del yo, «donde por religiosidad [...] entendemos [...] la postura exacta como conciencia y tentativa como actitud práctica del hombre frente a su destino» (L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, pp. 210-211). Esto no se despierta solo con las elecciones, sino que somos educados en esto constantemente por la participación en el cuerpo de la Iglesia, y se ve también en el modo con el que afrontamos las elecciones. «La Iglesia nos solicita, por consiguiente, que adoptemos una “postura verdadera” frente a nosotros mismos y a la existencia; nos llama, como una madre experimentada en la vida, al realismo, a obrar de modo que recordemos cómo están efectivamente las cosas» (p. 216), no a creer en los fantasmas o en las soluciones imposibles. «Así pues,

la Iglesia no tiene como misión directa proporcionar al hombre la solución de los problemas con los que este se encuentra a lo largo de su camino [por eso tampoco la tiene el movimiento]. Hemos visto que la función que la Iglesia declara tener en la historia es la educación de la humanidad en el sentido religioso [...] [es decir, en] una postura justa ante la realidad y ante los interrogantes que esta suscita, postura justa que constituye, además, condición óptima para encontrar respuestas más adecuadas a estos interrogantes» (p. 220). ¿Cuáles son los problemas? Problemas como la cultura, el amor, el trabajo, la política; la solución de tales problemas «no puede ser sustraída a la libertad y la creatividad del hombre, pensando que la Iglesia debiera darles una solución previamente confeccionada, porque de este modo ella debilitaría su primigenia actitud educativa y quitaría además valor al tiempo que todo hombre envuelto en la iniciativa “histórica” de Dios debe ser llamado, en cambio, a considerar como profundamente “sagrado”». «Si la Iglesia proclamase que su finalidad es ganar la partida en el esfuerzo humano de promoción, de búsqueda, de expresión, haría, por volver a la imagen de la madre que evocábamos antes, como esos padres que se hacen la ilusión de que pueden resolver los problemas de sus hijos sustituyéndolos a ellos» (pp. 219-220). Si no hay que ahorrárselo a vuestros hijos, ¿por qué pedirle al movimiento o a la Iglesia que os lo ahorre a vosotros? Cada uno tiene una tarea que desarrollar. Existen unos instrumentos, y cada uno debe ponerse en juego, como se decía antes. Vale para la vida de la Iglesia lo que vale para la vida del hombre. Por ello este es el desafío: justamente por la generación de nuestro yo que se lleva a cabo en la comunidad cristiana, ¿cómo estamos frente a la provocación de las elecciones? ¿Qué necesidad vemos? Porque cuanto más claramente identifiquemos las necesidades, tanto mejor podremos entender quién puede responder a ellas, pues de no ser así nos equivocaremos en todo lo demás. Y una vez que las hemos visto y reconocido como verdaderas y reales, ¿nos dejamos provocar por estas necesidades? No es un problema para expertos en el bien común, es un problema que tiene que ver con la naturaleza del sujeto cristiano. Para nosotros las elecciones son una oportunidad para verificar la fe en el modo con el que nos situamos frente a las necesidades, para ver si nos sorprendemos viviendo la fe de modo que nos interese por los problemas de todos. También esto forma parte de la verificación de lo que estamos viviendo. Hicimos la verificación en los gestos de caridad el mes pasado, ahora tenemos otra posibilidad de verificar la fe en la forma en que nos movemos frente a las elecciones: ¿esperamos en el balcón o la política tiene que ver con nosotros? La próxima vez nos contaremos la experiencia que hemos vivido.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 21 de febrero a las 21 horas. Seguimos con el trabajo de los puntos del texto *Por qué la Iglesia* titulados: «No todo es dogma en la Iglesia» y «La trayectoria de la autoconciencia de la Iglesia», desde la página 247 a la 254, teniendo presente también todo lo que hemos dicho acerca de las elecciones, para verificar lo que nos decimos.

Banco farmacéutico. Os invito a participar como voluntarios en la Jornada de recogida de medicamentos 2018, que tendrá lugar en toda Italia el sábado 10 de febrero. En miles de farmacias se recogerán medicamentos para donar a más de mil setecientas entidades

asistenciales que cuidan a los pobres. Se necesitan muchos voluntarios para esta jornada de recogida. Podéis encontrar toda la información al respecto en el sitio del Banco Farmacéutico ([www.bancofarmaceutico.org](http://www.bancofarmaceutico.org)).

*Veni Sancte Spiritus*